



LA TEOLOGÍA DEL REMANENTE Y LA MISIÓN MUNDIAL [Remnant Theology and World Mission]

George R. Knight
Rogue River, Oregon

Recibido: 15/03/2019

Aceptado: 20/06/2019

Resumen

El adventismo del séptimo día nunca se ha visto a sí mismo como una iglesia más, como si fuera solo otra denominación más, aunque con algunas creencias peculiares. En cambio, el adventismo desde sus inicios ha creído fervientemente que era un pueblo profético y que tenía un papel especial en los eventos finales de la historia del mundo. La pregunta que debe hacerse es cómo este entendimiento profético afectó la misión adventista. ¿La promovió o la desanimó? ¿Amplió el alcance de la misión o la redujo?

Palabras clave: Adventismo del séptimo día, iglesia remanente, profecía, misión mundial

Abstract

Seventh-day Adventism has never seen itself as just another church—just another denomination, albeit with a few peculiar beliefs. To the contrary, Adventism from its very beginning has fervently believed that it was a people of prophecy and that it had a special part to play in the closing events of world history. The question that must be asked is how this prophetic understanding affected Adventist mission. Did it promote or discourage it? broaden the scope of mission or narrow it?

Keywords: Seventh-day Adventism, remnant church, prophecy, world mission

LA TEOLOGÍA DEL REMANENTE Y LA MISIÓN DE LA IGLESIA

El adventismo del séptimo día nunca se ha visto a sí mismo como una iglesia más, como si fuera solo otra denominación más, aunque con algunas creencias peculiares. En cambio, el adventismo desde sus inicios ha creído fervientemente que era un pueblo profético y que tenía un papel especial en los eventos finales de la historia del mundo. La pregunta que debe hacerse es cómo este entendimiento profético afectó la misión adventista. ¿La promovió o la desanimó? ¿Amplió el alcance de la misión o la redujo?

UN PUEBLO PROFÉTICO

Nuestra convicción profética está arraigada en la comprensión adventista del libro de Apocalipsis, especialmente en los capítulos 10-14. Guillermo Miller creía que su predicación sobre las profecías de Daniel había abierto el librito mencionado en Apocalipsis 10, que sería “dulce como la miel” en la boca del creyente (vers. 9). ¡Y qué dulce era! Miller escribió sobre el gozo que llenaba su corazón al pensar que Jesús vendría pronto a rescatar a la humanidad de las miserias e incertidumbres de la vida.¹

Pero Miller no leyó lo suficiente. El librito no solo iba a ser dulce en la boca, sino también amargo en el vientre (vers. 10). El hecho evidente era que Jesús no vino en el tiempo predicho por Miller a partir de su interpretación de las profecías de Daniel. El impacto de lo que se conoció como el Gran Chasco tuvo un efecto devastador en el movimiento millerita.

La amargura, sin embargo, no fue el final de la profecía de Apocalipsis. “Es necesario que profetices otra vez sobre muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”, leemos en el versículo 11. Gradualmente, los primeros adventistas que guardaban el sábado empezaron a darse cuenta (basado en parte en su entendimiento de Apocalipsis 10:11) de que tenían una misión en el mundo y que la dulce pero amarga experiencia de la década de 1840 estaba en la

¹ W. Miller, “Chronological Chart of the World”, *Signs of the Times*, 1 de mayo de 1841, 20; W. Miller, *Apology and Defense* (Boston: J. V. Himes, 1843), 12.

providencia de Dios.²

Pero los primeros sabatarios no terminaron su estudio de Apocalipsis con el capítulo 10. Al pasar al capítulo 11, descubrieron que empezó y terminó con la charla del templo de Dios. Especialmente encontraron que el versículo 19 era de interés en términos de su nuevo entendimiento de Daniel 8:14 que el santuario a ser purificado era el santuario celestial. Y “el templo de Dios fue abierto en el cielo”, leen, “y el Arca de su pacto se dejó ver en el templo”.

Ese pasaje tenía un significado especial para la porción de los adventistas decepcionados que estaban en el proceso de convertirse en adventistas del séptimo día. No solo señalaba el templo celestial, sino que indicaba que el Lugar Santísimo, o el segundo apartamento (la ubicación del arca del pacto), se abriría al final del tiempo. Además, como José Bates se apresuró a notar, la mención del arca le recordaba a la gente los diez mandamientos, incluyendo el cuarto.³

Este recordatorio se hizo bastante explícito cuando los primeros adventistas sabatarios siguieron leyendo en Apocalipsis 12. Ese capítulo traza la historia de la iglesia cristiana desde el nacimiento de Cristo hasta el fin de los tiempos. En ese momento el texto se vuelve bastante específico. “Entonces el dragón”, se lee en el versículo 17, “se llenó de ira contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el resto de la descendencia de ella, contra los que guardan los mandamientos de Dios”.

Para Bates y otros el significado de ese pasaje era claro. Dios tendría un pueblo “remanente” del fin de los tiempos que guardaría todos los mandamientos, incluyendo el descuidado sábado. No solo guardarían los mandamientos, sino que también serían perseguidos por su fidelidad (Apoc. 13).

Pero la historia no termina ahí. Al encontrar las actividades de los últimos días del poder de la bestia de Apocalipsis 12:17 en Apocalipsis 13, Bates y otros primeros sabatarios descubrieron que la mujer (o iglesia) de los últimos días era el tema del capítulo 14. Especialmente importante para su comprensión fueron

² Véase, por ejemplo, Hiram Edson, manuscrito no publicado, s.f.; J. White, “Conference Address”, *Review and Herald*, 20 de mayo de 1873, 180.

³ J. Bates, *The Seventh Day Sabbath*, 2.^a ed. (New Bedford, Mass.: Benjamin Lindsey, 1847), iii, iv.

los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14:6-12. Esos tres mensajes se consideraron como secuenciales. Serían los últimos mensajes de Dios a un planeta moribundo. Debían llegar a *cada* nación, tribu, lengua y pueblo. La segunda venida se llevaría a cabo cuando se completara la entrega del mensaje del tercer ángel. El tercer mensaje contrastaba a los que tenían la marca de la bestia (vers. 9) con los que tienen “la perseverancia de los santos” y “guardan los mandamientos de Dios” (vers. 12).⁴

Una vez más los sabatarios se vieron a sí mismos y su mensaje reflejado en ese versículo. Se veían a sí mismos como el pueblo del tercer ángel; esperaban pacientemente que Jesús viniera a pesar de su desilusión en 1844, y mientras esperaban estaban guardando todos los mandamientos de Dios. Así se veían a sí mismos como un pueblo profético con un mensaje especial para los últimos días.⁵

Entre 1848 y 1850 Jaime White se había convertido en el principal divulgador de la importancia del mensaje de los tres ángeles y del movimiento sabatario como el pueblo de la profecía. Había llegado a ver los mensajes como sucesivos, con Guillermo Miller predicando el primero (“la hora de su juicio [de Dios] ha llegado”) y Charles Fitch liderando el llamado a separarse de aquellas iglesias que no aceptaban plenamente las enseñanzas de la Palabra de Dios. “El mensaje del segundo ángel”, escribió White, “nos llamó a salir de las iglesias caídas donde ahora somos libres de pensar y actuar por nosotros mismos en el temor de Dios. Es un hecho sumamente interesante que la cuestión del sábado comenzó a agitarse entre los creyentes de la segunda venida inmediatamente después de que fueron llamados a salir de las iglesias por el mensaje del segundo ángel. La obra de Dios se mueve en orden. La verdad del sábado surgió en el momento justo para cumplir la profecía”.⁶

Nuevamente White escribió: “Nuestra experiencia pasada de advenimiento, y nuestra posición actual y trabajo futuro, [están] señalados en

⁴ *Ibíd.*, 59; J. White, “The Third Angel's Message”, *Present Truth*, abril de 1850, 1-5.

⁵ Para un tratamiento exhaustivo del papel que desempeñó Apocalipsis 14 en la comprensión de la misión por parte de los Adventistas del Séptimo Día, véase P. Gerard Damsteegt, *Foundations of the Seventh-day Adventist Message and Mission* (Grand Rapids: Eerdmans, 1977).

⁶ J. White, “The Third Angel's Message”, 4.

Apocalipsis 14”, un capítulo que, según él, era “tan claro como el lápiz profético podía escribirlo”. Este entendimiento le proporcionó a White y a otros de los primeros adventistas sabatarios una justificación para la misión mundial. Si el tiempo de dispersión había tenido lugar entre 1844 y 1848, los años 1848 y 1849 fueron vistos como el comienzo del tiempo de reunión cuando los sabatarios comenzaron a predicar su mensaje especial del tiempo del fin. “El tiempo de dispersión que hemos tenido”, escribió White en noviembre de 1849. “Es en el pasado, y ahora *ha llegado* el momento de que los santos se reúnan en la unidad de la fe, y sean sellados por una sola verdad santa y unificadora”.⁷

UNA MISIÓN PROFÉTICA

Ese impulso misionero al inicio del “tiempo de reunión” se fue entendiendo poco a poco hasta comprenderse más que simplemente la reunión de antiguos milleritas con el mensaje del tercer ángel. Con el tiempo, los creyentes del séptimo día comenzaron a comprender que no solo el mensaje del tercer ángel, sino los mensajes de los tres deben ser predicados a todo el mundo antes del fin del tiempo. Después de todo, ¿no enseñó Apocalipsis 14:6, 7 claramente que “el evangelio eterno” y “la hora de su juicio ha llegado” tendría que ser predicado “a toda nación, tribu, lengua y pueblo” antes de que la cosecha del tiempo del fin de Cristo se llevara a cabo?

Y así como al principio debió parecerles incomprensible a los discípulos de Cristo que el mensaje cristiano tenía que ir a todas las naciones (Mat. 28:19, 20), también era igualmente incomprensible para los primeros adventistas que el mensaje de los tres ángeles tuviera que ser predicado en toda la tierra. Solo gradualmente ese entendimiento se afianzó entre aquellos que creían ser un pueblo profético con el último mensaje de Dios para un mundo turbulento.

La convicción de que eran el pueblo remanente de la profecía con un mensaje único para el mundo en la historia, se apoderó de los adventistas cada vez más a medida que progresaba el siglo XIX y a lo largo de la primera mitad del XX. La proclamación de ese mensaje único no solo fue una obra establecida

⁷ J. White to Brother Bowles, 8 de noviembre de 1849.

en la profecía, sino que también llegaron a considerarlo como urgente.

En 1871, en el primer llamado de Elena G. de White para las misiones mundiales, ella hizo un llamado a los adventistas “abnegados” a “entregarse sin reservas” a la obra de presentar el mensaje “a los que están en tinieblas”. Ella comparó la predicación del mensaje del tercer ángel con la misión de Noé a los antediluvianos.

Esa predicación, continuó, no era algo que las otras iglesias estaban haciendo. Ni mucho menos. Era un llamado a predicar el “mensaje de advertencia [...] a todas las naciones y a probarlas a la luz de la verdad, para que los hombres y mujeres, al ver la luz, se conviertan de la transgresión a la obediencia de la ley de Dios”. Esta no fue una tarea fácil. Al contrario, “no tenemos ni un momento que perder. Si hemos sido descuidados en este asunto, ya es hora de que nos dediquemos a redimir el tiempo, para que la sangre de las almas no se encuentre en nuestras vestiduras”. La misión de extender el mensaje del tercer ángel a otras naciones sería “atendida con un gasto considerable, pero el gasto no debería en ningún caso obstaculizar la realización de esta obra”.⁸

La urgencia de sacrificarse por la difusión del mensaje del tercer ángel proporcionó un constante estribillo en los escritos de Elena G. de White y en los escritos de sus principales contemporáneos adventistas. No tenía ninguna duda de que “en un sentido muy especial, los adventistas del séptimo día han sido colocados en el mundo como centinelas y transmisores de luz. A ellos ha sido confiada la tarea de dirigir la última amonestación a un mundo que perece. La Palabra de Dios proyecta sobre ellos una luz maravillosa. Una obra de la mayor importancia les ha sido confiada: proclamar los mensajes del primero, segundo y tercer ángeles. Ninguna otra obra puede ser comparada con ésta y nada debe desviar nuestra atención de ella”.⁹

La predicación del mensaje del tercer ángel fue tan importante para Elena G. de White que repitió varias veces que nada debía interferir con su

⁸ Elena G. de White, *Notas biográficas de Elena G. de White* (s.l.: Asociación Publicadora Interamericana, 1994), 224, 227.

⁹ Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: Asociación Publicadora Interamericana, 1998), 9:17.

proclamación, ni siquiera el brazo médico/bienestar de la obra adventista. Ella advirtió en contra de “hacer lo que el mundo haría en gran parte”, mientras descuidaba “la obra que Dios ha encomendado a su pueblo” –una obra que “el mundo no hará”. La obra médica/de bienestar puede ser “buena obra” pero no iba a reemplazar el énfasis en la predicación del mensaje profético del adventismo.¹⁰

El sentido de misión profética que se había desarrollado en el adventismo del siglo diecinueve se trasladó al siglo veinte. Tal vez nadie declaró esa misión más concisamente que W. A. Spicer, presidente de la Asociación General de 1922 a 1930. “Este movimiento adventista”, escribió en 1929, “es algo más que un pueblo que predica sobre la profecía. El movimiento en sí es el cumplimiento de la profecía”. Otra vez escribió: “Para llevar este mensaje definitivo al mundo, el Señor ha levantado al movimiento adventista de la profecía”.¹¹

Spicer reflejaba el mismo sentido de urgencia que había impulsado la expansión de la misión adventista a finales del siglo XIX y principios del XX. “Nunca”, escribió, “hubo tal llamado a la devoción, la consagración y el sacrificio. El cuadro profético de la obra evangélica final de Apocalipsis 14 debe inspirar a todos los que conocen la certeza del mensaje y el movimiento adventista a darlo todo en el servicio final de la última hora”.¹²

CONTRACCIÓN VS. EXPANSIÓN – PERSPECTIVAS DE LA MISIÓN

Esas convicciones de identidad y propósito profético y el sentido de urgencia que las acompañaba no eran compartidos por las otras ramas del millerismo. De hecho, todas las demás renunciaron a la comprensión de la profecía de Miller y por lo tanto perdieron su propósito misiológico. El resultado fue que el más pequeño de los cuerpos milleritas se convirtió en el más grande por mucho. De las seis denominaciones que surgieron del movimiento millerita,

¹⁰ Elena G. de White, “to Brother and Sister Irwin”, 1 de enero de 1900; Elena G. de White, *Ministerio Médico* (Doral, FL: Asociación Publicadora Interamericana, 2001), 413, 414; Elena G. de White *Testimonios para la iglesia* (Doral, FL: Asociación Publicadora Interamericana, 1998), 8:197.

¹¹ W. A. Spicer, *Certainties of the Advent Movement* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1929), 271,280.

¹² *Ibid.*, 179.

para 1995 dos habían dejado de existir (incluyendo a los otrora poderosos Evangelical Adventists [Adventistas Evangélicos]), mientras que otras tres reportaron solo una membresía mínima. En ese año los Advent Christians [Cristianos Adventistas] tenían unos 27.000 miembros, la Church of God [Iglesia de Dios] (Oregón, Illinois) 4.000, y la Church of God [Iglesia de Dios] (Séptimo Día) 6.000. En contraste, la Iglesia Adventista del Séptimo Día, guiada y fortalecida por su comprensión de sí misma como un pueblo profético, reportó 838.898 en Norteamérica y casi 9 millones en todo el mundo.

Las otras iglesias milleritas no solo no han crecido, sino que incluso su existencia continua es cuestionada por algunos de sus líderes. Así, Richard C. Nickels concluyó su historia de 1973 de la Church of God [Iglesia de Dios] (Séptimo Día) con una sección titulada: “A Dying Church? [¿Una iglesia moribunda?]” De manera similar, la sección final de la historia de tres volúmenes de Clyde E. Hewitt sobre los Advent Christians [Cristianos Adventistas] (1990) se titula: “Should a Denomination Be Told It’s Dying? [¿Debería una denominación ser informada de que está muriendo?]”¹³

En el primer volumen de la historia de Hewitt no solo se señala que parte de la singularidad del adventismo del séptimo día entre las denominaciones es su “alcance misionero inusualmente fuerte”, sino que también señala una de las razones de ese éxito. “Los Adventistas del Séptimo Día”, escribe, “están convencidos de que han sido ordenados divinamente para llevar a cabo la obra profética iniciada por Guillermo Miller. Están dedicados a la tarea”.¹⁴

Esa convicción y dedicación han llevado literalmente a los Adventistas del Séptimo Día a todos los rincones de la tierra con su mensaje remanente. El sentido de identidad profética y de urgencia de la denominación ha servido como una fuerza motivadora para crear una de las empresas misioneras más extendidas de la historia, con una labor establecida en 207 de las 233 naciones reconocidas por las Naciones Unidas. Verdaderamente la denominación ha tomado en serio el mensaje de Apocalipsis 10:11 de que “es necesario que profetices otra vez sobre

¹³ R. C. Nickels, *A History of the Seventh Day Church of God* (1973), 364-366; C. E. Hewitt, *Devotion and Development* (Charlotte, N.C.: Venture Books, 1990), 367-373.

¹⁴ C. E. Hewitt, *Midnight and Morning* (Charlotte, N.C.: Venture Books, 1983), 278, 277.

muchos pueblos, naciones, lenguas y reyes”. Y con la misma certeza ha buscado tomar el mensaje de la hora del juicio de los tres ángeles “a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apoc. 14:6).

Pero esa visión no nació madura. Solo gradualmente los Adventistas del Séptimo Día llegaron a comprender la inmensidad de su tarea. Así, en la década de 1840 vieron su misión como solo para otros milleritas desilusionados. Luego, entre 1850 y 1874, llegaron a ver que debían predicar el mensaje del tercer ángel a los no milleritas de los Estados Unidos. Algunos incluso sostuvieron que, si el mensaje se predicaba en los Estados Unidos, llegaría a hombres y mujeres de todas las naciones, ya que Estados Unidos estaba compuesto por inmigrantes de todas partes.

La tercera etapa del desarrollo de la misión adventista tuvo lugar en 1874, cuando la denominación comenzó a enviar misioneros a otras naciones protestantes para llamar a la gente a salir de Babilonia. No fue hasta la década de 1890 que la joven denominación entendió que su mensaje remanente de Apocalipsis 12-14 realmente necesitaba ir a todo el mundo. Solo entonces el adventismo empezó a trabajar entre las naciones católicas romanas y las poblaciones no cristianas.

El desarrollo más reciente en el entendimiento adventista de la comisión de los tres ángeles comenzó en la década de 1960, cuando empezó a llegar de una manera más proactiva a los no alcanzados del mundo. Ese entendimiento culminó en un gran paso adelante en la sesión de la Asociación General de 1990 cuando se instituyó formalmente el programa de Misión Global.¹⁵

Así, la comprensión cada vez más completa del adventismo acerca del mensaje de los tres ángeles ha ampliado repetidamente su comprensión de la misión, mientras que proporciona un poder de motivación para hacer retroceder sus fronteras misiológicas. En el proceso se ha producido un cambio sutil en el pensamiento de muchos adventistas del séptimo día. Muchos ven ahora el concepto de remanente en términos de un mensaje que necesita ser predicado a

¹⁵ Para la comprensión cada vez más amplia de los adventistas hacia su misión, véase George R. Knight, *The Fat Lady and the Kingdom: Adventist Mission Confronts the Challenges of Institutionalism and Secularization* (Boise, Idaho: Pacific Press, 1995), 57-80.

aquellos que responderán en todo el mundo al llamado final del evangelio. Ese concepto se refleja en el título de la obra de Richard Schwarz, historia de la denominación *Light Bearers to Remnant* [Portadores de Luz al Remanente], patrocinada por la Asociación General. Esa idea también concuerda con la declaración de Elena G. de White de que los adventistas han sido “colocados en el mundo como [...] transmisores de luz” para dar la “última amonestación a un mundo que perece”.¹⁶ También se refleja en su portada de 1846 titulada “To the Little Remnant Scattered Abroad [Al pequeño remanente esparcido en el extranjero]”.

Pero ya sea que uno piense que la iglesia es el remanente o que tiene un mensaje para el remanente, el efecto ha sido en gran parte el mismo. Los adventistas del séptimo día han sido inspirados a dar sus vidas y propiedades para la difusión interminable del mensaje de los tres ángeles.

Una de las mayores tragedias que podría afectar al adventismo sería perder su visión de sí mismos como el pueblo profético, olvidar su herencia profética. Tal sería la muerte de la dinámica que hizo del adventismo del séptimo día lo que es hoy. Negar su herencia profética es una manera de destruir lo que se podría considerar como su fuente misiológica principal.¹⁷

Es en línea con este pensamiento que necesitamos entender una de las declaraciones más citadas de Elena G. de White. “Al revisar nuestra historia pasada, habiendo viajado sobre cada paso de avance hasta nuestra posición actual, puedo decir, ¡Alabado sea Dios! Al ver lo que el Señor ha hecho, me siento llena de asombro y de confianza en Cristo como líder. No tenemos nada que temer para el futuro, excepto que olvidaremos el camino que el Señor nos ha guiado, y Su enseñanza en nuestra historia pasada”.¹⁸

A modo de contraste está la predicción de Elena G. de White sobre aquellos que olvidaron su historia pasada. En su primera visión, en diciembre de 1844, ella vio que aquellos milleritas que renunciaron a su comprensión profética sufrirían un desastre. El resultado, ella notó, fue que “se extinguió para ellos la

¹⁶ Elena G. de White, *Testimonios para la iglesia*, 9:17.

¹⁷ Véase Knight, *Fat Lady*, 143, 144.

¹⁸ Elena G. de White, *Notas biográficas de Elena G. de White*, 216.

luz que estaba detrás y dejó sus pies en tinieblas, de modo que tropezaron y, perdiendo de vista el blanco y a Jesús, cayeron abajo fuera del sendero, en el mundo sombrío y perverso”.¹⁹ Esta puede ser una de las predicciones más sorprendentes de Elena G. de White cuando se lee a la luz de la historia de las otras denominaciones milleritas como se ha mostrado arriba. A la luz de su experiencia, no es demasiado decir que una iglesia que ha perdido su pasado pone en peligro su futuro y corre el riesgo de existir en un presente confuso en cuanto a su misión. Esto sería especialmente cierto en el caso de una iglesia que se ve a sí misma como un pueblo profético con un mensaje especial que todos los pueblos necesitan, especialmente el remanente de Dios de los últimos días.

¹⁹ *Ibíd.*, 17.